

Capítulo 1

Después de algunos días soleados, unas ligeras gotas de lluvia empezaron a caer. Juan miraba la lluvia tras los cristales, en silencio y soledad, mientras su mente se revolcaba en recuerdos pasados, pero no muy lejanos. Hoy hacía dos años que su compañera le había abandonado. Juan sabía que este fatídico aniversario no se lo iba a poder sacar de la cabeza en todo el día. Hoy, más que nunca, la veía en todas partes; en la pureza prístina de las gotas de lluvia al caer, en el gris de las nubes encaramadas en el cielo, en los solemnes edificios que se erguían en el centro de la ciudad, donde él vivía, en su macilento rostro surcado de prematuras arrugas y en donde unos ojos, pequeños y grises, se hundían bajo el auspicio del dolor y del paso del tiempo. Ya nada volvería a ser como antes, pensaba Juan, todo en la vida es efímero, todo va y viene, dejando a su paso un reguero de recuerdos que, como si fueran niños rebeldes e inquietos, revolotean incesantemente para hacerse notar y así obligarnos a tener que fijar nuestra atención en ellos. Heráclito dijo que nadie podía bañarse dos veces en el mismo río, dando a entender que en la vida todo es cambio y evolución. Desde hacía dos años, Juan tenía que bañarse en ese nuevo río, donde las imágenes del pasado acudían a devorar su cuerpo como si fueran pirañas hambrientas en busca de carne fresca que llevarse a la boca.

Tras contemplar la lluvia durante casi media hora, Juan encendió su ordenador con la intención de ponerse a escribir. Juan era escritor desde hacía más de veinte años, y aunque ninguna de sus novelas publicadas tuvo un gran éxito, sí que hubo un momento en su vida en el que fue

LA HIPNOSIS ACEPTADA

capaz de experimentar lo que se siente cuando uno es alabado por todos debido a su trabajo. Ocurrió diez años atrás, cuando Juan escribió una tesis sociológica que le valió un reconocimiento profesional como nunca había imaginado. La tesis tenía por título: "El equilibrio de la democracia", y versaba sobre los distintos aspectos sociales y culturales de una población que lograban que, en un momento de la historia, un determinado partido político se hiciera con el poder. El libro se vendió muy bien, siendo uno de esos fenómenos literarios que, sin saber muy bien el porqué, se ponen de moda y salen en todos los medios de comunicación. El éxito del libro no sacó a Juan de su condición de humilde trabajador, pero sí que consiguió dar un impulso económico en su vida, el necesario para acabar de pagar el piso donde vivía y darse algún que otro capricho. Al cabo de un tiempo, el libro dejó de estar de moda y el éxito fue poco a poco menguando. Juan volvió a caer en el anonimato en el que, hasta entonces, siempre había estado, pero con la satisfacción de haber conocido eso que tan pomposamente llaman éxito, y que muchas veces se debe a circunstancias azarosas que se confabulan y se mezclan como si fueran una fórmula química, para hacer creer al que lo posee, es decir, al sujeto sobre el cual el éxito recae, que ha sido capaz de traspasar la barrera de la normalidad y que ha podido subir un peldaño por encima de sus congéneres. Juan entonces pensó que el éxito no era más que una droga alucinógena que le hacía ver una realidad distinta a la que vivía, pero que le proporcionaba una dulce sensación de bienestar y placidez. Durante aquellos instantes en los que Juan fue engalanado con los fastuosos trajes del éxito y recibido con el correspondiente boato en los distintos medios de comunicación, se dijo que su libro había sido fuente de inspiración de más de un político, que vio en aquellas páginas las instrucciones necesarias para alcanzar sus objetivos. Aunque Juan se sentía satisfecho con su tesis, no podía dejar de pensar que lo que había escrito era, en cierto modo, una guía de usos y maneras para que cualquiera pudiera llegar a las cimas más altas de poder. Como elucubración sociológica el libro es brillante, pensaba Juan, pero si a alguien se le ocurriera seguir al pie de la letra sus instrucciones, ese equilibrio de la democracia, que era el título del libro, se convertiría en una abyecta sátira que daría pie a los más persuasivos y sofisticados medios de dominación.

Capítulo 1

Juan trabajaba ahora en su nueva novela. Llevaba apenas una treintena de páginas, y no era capaz de encontrar ningún tipo de inspiración que le ayudase en su tarea. Sabía que el éxito que tuvo con su libro sobre la democracia no volvería a repetirse, porque el éxito es así, viene y se va cuando se le antoja, por voluntad propia, sin que nadie le llame ni acuda a su alcance. Seguía lloviendo afuera, era una lluvia otoñal y triste, como aquella tarde, como los pensamientos de Juan y como la novela que estaba tratando de escribir. Toda su mente parecía estar cubierta por un espeso manto gris de recuerdos frustrados y deseos extinguidos. Hoy hacía dos años de aquel acontecimiento que marcaría su presente y su futuro. Pero la vida continuaba y él tenía que seguir viviendo y escribiendo. Marta era ya sólo un espejismo, un recuerdo del pasado que acudía a su conciencia y le recordaba todas las cosas que había hecho mal para perder aquello. Su sonrisa amplia y delicada pertenecía al pasado, su largo y negro cabello pertenecía al pasado, sus pequeños y redondeados pechos pertenecían al pasado, su mirada vivaz y traviesa pertenecía al pasado, y era por todo eso por lo que a Juan le gustaba seguir viviendo en el pasado, arrullándose en recuerdos perdidos, en tiempos de éxito, en tiempos mejores, en lugar de en esta espesura gris y macilenta a la que sus días se habían encadenado. Juan miró la pantalla del ordenador, observando que seguía aún en la página 32, como hacía un par de días, sin encontrar nada que poner ahí. La historia parecía haber llegado a un punto muerto en sólo 32 páginas, como si fuera un retrato de mi vida, pensó Juan.

El teléfono sonó, despertado a Juan de sus recuerdos y ensoñaciones. Era Santiago Fernández el que llamaba. Santiago era un viejo amigo de la infancia de Juan, y uno de aquellos extraños casos en los que el éxito y el reconocimiento social se habían aposentado de manera indefinida. Nadie sabía bien el motivo, pero su empresa de Software había crecido de un modo inimaginable en los últimos tres años. No sería justo decir que en esta ocasión el éxito había acudido a Santiago de una manera casual, porque bien es cierto que él era un hombre emprendedor y trabajador, que amaba su trabajo, al que dedicaba muchas horas, y que estaba dotado de una gran visión de futuro y de negocio. Su empresa siempre se caracterizaba por fabricar el software más novedoso del mer-

LA HIPNOSIS ACEPTADA

cado, por lo que sus aplicaciones se vendían muy bien y la marca de la empresa se extendía allende las fronteras nacionales.

Juan sentía una cierta pereza y fastidio al hablar con Santiago. El recuerdo de su amistad era ya algo muy lejano, y él veía ahora a Santiago como un hombre embriagado por el poder y por el dinero que estaba consiguiendo con éste. Sus vidas parecían haber transcurrido por senderos muy dispares, y aunque ambas empezaron, o se conocieron, en un mismo momento, hacía mucho tiempo atrás, en un modesto colegio público, enseguida sus respectivas existencias se fueron ramificando por caminos distintos. Ahora, ambos sabían que ya nada tenían en común, tan sólo el haber conocido, de una manera efímera en el caso de Juan y perenne en el de Santiago, lo que el éxito significaba.

— Hola Juan, soy Santiago, ¿cómo estás?

— Bueno, se puede decir que he tenido días mejores.

— Venga hombre, no será para tanto. Levanta ese ánimo. Te he llamado para hacerte una propuesta que seguro que te va a interesar.

— Por escuchar nada se pierde, así que dime de qué se trata.

— Mira, sabes que yo siempre te he tenido una gran admiración, y que valoro en gran medida el trabajo que haces. Me alegré mucho cuando tuviste ese gran éxito con aquel libro tuyo, el cual me he leído tres veces. Es fascinante con qué claridad expones tus teorías y cómo lo explicas todo de una manera tan analítica y matemática, sin que se escape ningún detalle, quedando todo al final expresado como si fuera una gran fórmula. No sé hasta qué punto eres consciente de que tu libro es una joya de la psicología y la sociología. Dicen que ha sido fuente de inspiración para muchos políticos, y yo creo que así es.

— Me alegra mucho escuchar todo eso. Yo también creo que hice un buen trabajo. Pero seguro que no me has llamado para decirme todas estas cosas.

— Claro que no. Mira, aunque ahora no tenemos un excesivo trato, a ti y a mí nos une una gran amistad desde hace mucho tiempo. Así que he pensado en ti para un nuevo y novedoso proyecto, que nos hará ganar mucho dinero. Es hora de que unamos el trabajo de ambos. Pero lo que te quiero proponer es algo difícil de explicar por teléfono, así que lo

mejor será que mañana te acerques por mi oficina y te lo cuento todo con detalle.

— Bueno, me parece bien, así que si quieres me paso por tu despacho a eso de las diez.

— Perfecto. Por cierto, ¿qué tal va tu trabajo?, ¿estás escribiendo algo?

— Pues sí, pero no avanzo mucho. Últimamente me cuesta encontrar la inspiración, parece que ésta ha decidido abandonarme también de una manera definitiva.

— Vamos hombre, no seas dramático. Lo que pasa es que lo tuyo no es eso de escribir novelas, eso está para otro tipo de gente. Tú eres un sociólogo, un analista, un estadista. Tienes justamente ese perfil.

— No sé, no estoy muy de acuerdo con eso. A mí lo que siempre me ha gustado ha sido escribir novelas de ficción, lo de escribir ensayo lo hice sólo una vez, aunque debo reconocer que fue cuando más éxito tuve.

— Ja, ja, ja. Yo más bien diría que ha sido la única vez en tu vida que has tenido éxito. Lo demás que has escrito apenas se ha vendido. Mira, olvídate de esa novela que estás escribiendo, a partir de mañana tendrás que dedicar tu tiempo a algo mucho más importante. Oye, y tráete unos cuantos ejemplares de tu libro de éxito, tengo a unos cuantos compañeros de trabajo muy interesados en leerlo.

— Ya. Si te digo la verdad estoy un poco cansado de ese libro. Es cierto que es bueno, pero no creo que tanto como para todo ese follón que se armó tras él. Además, ya te dije antes que lo que realmente me gusta es escribir novelas de ficción.

— Bueno, da igual, tú pásate mañana por mi despacho, que tenemos que hablar.

— Está bien. Adiós, cuídate.

— Igualmente, adiós.

Juan descolgó el teléfono y se sentó delante de su ordenador, tratando de volver a centrar su mente en la escritura en la que estaba inmerso. La conversación con Santiago le había producido una cierta inquietud y un ligero malestar. Le parecía una defachatez eso que le había dicho de que él no servía para escribir novelas, y que lo mejor que podía hacer era dedicarse únicamente a escribir ensayos sociológicos tristes y

LA HIPNOSIS ACEPTADA

aburridos. Eso era falso, él tenía alma de escritor, y alguna vez se lo demostraría a todo el mundo, y en especial a Santiago. Juan revisó las anotaciones que había hecho sobre su novela, pensando en cómo continuaría la historia. Envidiaba a los escritores que siempre tenían una idea clara de lo que iban a escribir antes de ponerse a ello. Él, por el contrario, se ponía a escribir sin más idea preconcebida que unas simples trazas sobre un sucio papel, las cuales solía desechar a los pocos momentos, cuando se ponía tras la pantalla del ordenador y los personajes parecían adquirir vida propia y tomaban sus particulares decisiones, ajenas, por lo general, al guión marcado de antemano. Aún así, parecía que esos mismos personajes se habían ahora declarado en huelga, mostrándose apáticos y perezosos, incapaces de retomar, por ellos mismos, el hilo de la historia escrita, delegando así en Juan la onerosa tarea de insuflarles el hálito de la vida. De hoy no podía pasar, tenía que adelantar algo en su novela. Había que demostrar a ese engreído hombre de negocios que él era capaz de eso. Después de estar un rato escribiendo, se preparó un café en el microondas y se acercó a la estantería donde estaban sus discos, poniendo uno de ellos. Eligió el concierto número dos para violín de Mozart. La música llenaba la habitación de notas armoniosas que lograban sosegar el espíritu agitado de Juan. Éste decidió que era hora de descansar, pues aunque hoy tampoco había logrado avanzar gran cosa, al menos había ordenado algunas ideas que posteriormente le servirían. Mañana continuaría con aquello, si es que esa nueva ocupación que le iba a proporcionar Santiago le dejaba algo de tiempo para ello. A Juan no le hacía mucha gracia ir a visitar a Santiago al día siguiente. Cada vez le resultaba más desagradable escuchar sus delirios de grandeza, sus ambiciones desmedidas y sus cantos al progreso. Pero no le quedaría más remedio que acercarse a ver para qué había sido solicitada su presencia.

La mañana siguiente amaneció fría y húmeda. Era una mañana de otoño, donde la brisa fresca esparcía las hojas secas caídas en el suelo. Los árboles se encontraban desnudos y temblorosos, y el canto de los pájaros era apenas audible entre el estruendo de motores, humo y prisa que cabalgaba en esas primeras horas por la ciudad. Juan se levantó, se vistió con pereza, y cogió el autobús que le llevaría hasta las oficinas en

las que trabajaba su amigo. Por el camino tenía la sensación de que estaba perdiendo el tiempo con aquel viaje. Al llegar, quedó sorprendido ante la grandeza del edificio que se erguía enfrente suya, lugar éste donde estaban ubicadas las oficinas en donde había quedado. Juan nunca se había sentido atraído por aquellas demostraciones de poderío financiero, donde todo funcionaba como una perfecta máquina engrasada y donde los hombres que allí trabajaban se habían convertido en meros objetos impersonales que formaban parte de toda aquella maquinaria devoradora e insaciable. Juan se apretó el nudo de la corbata, en un vano intento por que su presencia fuese algo mejor, y encaminó sus pasos hacia aquel lugar, a sus ojos lúgubre y aséptico.

Cuando llegó a la entrada, tuvo que indicar al recepcionista que venía a visitar a Santiago Fernández, el Director General de la empresa New Software. Enseguida apareció la figura de Santiago, un hombre de mediana estatura, corpulento, de ojos negros, pequeños y saltones, de mirada fija e impenetrable, con un rostro de tez morena surcado por pequeños hoyuelos, de labios finos y secos, y con un cuidadísimo cuero cabelludo, el cual Juan sospechó que debía de tratarse de una peluca, pues la última vez que lo vio empezaba a tener los primeros signos de alopecia. Santiago se acercó a Juan y se fundió con él en un largo abrazo. A éste no le quedó más remedio que devolverle el abrazo y decirle que se alegraba mucho de verle.

— Mi viejo amigo Juan, ¡cuánto tiempo hacía que no nos veíamos!

— Pues sí, mucho tiempo, la verdad, creo que la última vez fue cuando di esa conferencia sobre mi libro. Por cierto, al final no te he traído ningún ejemplar, apenas tengo un par de ellos en casa, pero no los encontré cuando los buscaba.

— Da igual, no te preocupes. Entra a mi despacho, que tenemos mucho de que hablar.

— Pues sí, estoy intrigado por eso que me dijiste ayer.

Juan y Santiago entraron en un amplio despacho. De las paredes colgaban todos los diplomas que Santiago había conseguido, además de diversas condecoraciones, todas situadas en un lugar bien visible, para

LA HIPNOSIS ACEPTADA

que así todo el que entrase tuviera clara constancia de la importancia del hombre con el que estaba tratando. Santiago ofreció a Juan un habano, que aceptó encantado, pues aunque hacía un par de meses que había dejado de fumar, de vez en cuando le agradaba darse algún capricho. Los dos se sentaron en unos amplios butacones, mirándose por unos instantes, sin decir nada, hasta que por fin Santiago habló.

— Como te dije, tengo que hacerte una propuesta que seguro que te va a encantar. Tiene que ver con aquel libro que publicaste, "El equilibrio de la democracia", y sobre lo que se ha convertido exactamente ésta. En tus páginas, entre otras muchas cosas, hablabas de qué era lo que tendría que decir un político para asegurarse el voto de los ciudadanos en un entorno social determinado. Para ello, lo primero era hacer un estudio sociológico y psicológico sobre la población, y en base a éste, elegir aquellas palabras que más podían apelar, o bien a sus bajos instintos si el pueblo no tenía una educación refinada, o bien a cierta parte de su razón, en el caso de que no fuese así. Evidentemente, había una parte de la población a la cual el mensaje no podía llegar, serían aquellos que tendrían el suficiente conocimiento sobre el tema en cuestión, o que poseyesen un espíritu excesivamente crítico, o bien, y esto sería lo más probable, que pertenecieran al grupo de individuos que intenta auto—excluirse de la sociedad. Un ejemplo de esto podría ser el de Hitler. Sabía que la clase media había perdido una gran parte de su poder adquisitivo por culpa del deterioro de Alemania tras la primera guerra mundial. Por otro lado, los trabajadores se estaban empezando a sentir defraudados por las promesas del socialismo, ya que éste no había conseguido mejorar sus condiciones de vida. Tanto los obreros como la Iglesia se mostraron condescendiente con el ascenso al poder de Hitler, mientras que la clase alta y media lo apoyó incondicionalmente. Hitler simplemente tuvo que saber qué decir en un momento determinado, en un entorno social concreto, apelando a determinados símbolos, como la raza y la nación, para que los ciudadanos determinaran seguirle y darle su voto. Si el pueblo alemán pasaba hambre y apuros económicos, la culpa iba a ser de aquellos que no eran alemanes, y que con su presencia reducían las posibilidades de progreso económico para su país. Como en todo, una parte de razón podía haber en su discurso, pero ello no justifica lo que

posteriormente hizo el dictador. Sin embargo, los discursos de Hitler serían un ejemplo de cómo arengar a las masas y cómo apuntar a aquella parte de los ciudadanos que activa el mecanismo por el cual la razón se aparta y entra en su lugar determinados instintos primarios de supervivencia nacidos en el cerebro reptiliano. Pero no te apures, mi querido amigo, que no estoy diciendo que esté a favor de lo que Hitler hizo, ni mucho menos, además, sabes que yo, en materia política, siempre me he considerado un hombre de centro, moderado y democrático. Y nuestra democracia de ahora, gracias a Dios, en nada tiene que ver con los dictadores de antaño, lo cual representa un indudable progreso.

— Sí, por desgracia estoy de acuerdo en que la democracia se ha convertido en el arte de decir lo que es conveniente en cada momento, y que su intención inicial, que era la de conseguir una sociedad donde el poder residiese en el ciudadano, se ha ido diluyendo cada vez más, hasta los momentos actuales, en los que el ciudadano es simplemente un ente abstracto manipulable y sin poder de decisión alguno. Pero bueno, eso creo que ya lo expliqué sucintamente en mi libro, y supongo que no me habrás invitado a tus oficinas para hablar de democracia.

— Pues, aunque no te lo creas, así es. Déjame que me explique, porque el asunto es largo y complejo. Tal y como antes definí la democracia, ésta es el arte de encontrar las frases adecuadas para conseguir un mayor número de votos. Sí, ya sé que dicho así puede sonar un tanto excesivo, pero si nos paramos a reflexionar con calma, te darás cuenta de que no me falta razón. Por tanto, la elaboración de estos discursos deberían de estar en manos de psicólogos y sociólogos, que serían los encargados de determinar, en base a unos parámetros sociales determinados, cuál sería el discurso más apropiado. El ejemplo que anteriormente te expuse puede ser perfectamente útil. En una sociedad en decadencia económica, que contiene un alto grado de inmigración, y desencantada de anteriores propuestas sociales, sería muy fácil despertar en ella los más primitivos instintos que residen en nosotros, y para ello lo mejor sería una cabeza de turco, un culpable tangible a quien atacar. Ese culpable sería el inmigrante, el hombre de fuera con el que hay que repartir el poco bienestar que queda. Evidentemente, este planteamiento es algo primitivo, y para encontrar una verdadera solución al problema habría que hacer un estudio más concienzudo de cuales son las

LA HIPNOSIS ACEPTADA

causas de la decadencia económica. Estas causas podrían deberse a diversos e intrincados factores, como la venta del Estado a multinacionales extranjeras, la falta de inversión en investigación y desarrollo, la falta de industrias competitivas, la falta de una política económica y social adecuada y solidaria, y un largo etcétera de factores que la mayoría de la gente no entendería. En este caso que acabo de plantear, imagínate que hubiera dos políticos de bandos distintos, uno que se dedicara a proponer medios razonables para el fortalecimiento económico, y otro que se dedicara a despertar los instintos de la población. Ten por seguro, mi querido amigo, que sería el segundo el que se llevaría el triunfo en las elecciones. ¿Por qué?, ¿porque ha sido capaz de realizar propuestas más razonables con la realidad social en la que se encuentra?, pues no, habría ganado porque habría sabido leer en los ojos de los ciudadanos lo que ellos querían oír, habría sido capaz de despertar en ellos la esperanza, y si no hubiera esperanza alguna que despertar, habría sido capaz de encontrar un medio para que la gente canalizase su odio y frustración.

— Pero a la larga la gente se daría cuenta de que ha sido objeto de un burdo engaño, y a los cuatro años daría el oto al otro político.

— Parece mentira que seas tan ingenuo, querido Juan, tras ese engaño vendrán otros que ocultarán el primero, y así sucesivamente. Además, hablar de engaño en este caso no sería apropiado, porque engaño realmente no hubo ninguno, tan sólo hubo una manera de ver las cosas que era la más apropiada para la finalidad del éxito político. Sí, ya sé que me vas a decir que los ciudadanos hubieran sido más felices con el otro gobernante, pero eso es algo que no se puede saber. Lo que sí que está claro es que había una manera acertada para hacerse con el poder, y sólo uno de ellos supo ver cuál era. Seguramente te estarás preguntando a qué viene toda esta charla, y qué tiene que ver contigo y conmigo, con tu trabajo de sociólogo, que es lo que eres aunque te empeñes en ser novelista, y con el mío de Director General de una de las más importante y emprendedoras empresas de Software de nuestro país. Pues aunque no lo creas, este nuevo proyecto en el que seguro que te vas a embarcar, pues cuento contigo para ello, ha conseguido encontrar unos amplios lazos concomitantes entre tu mundo y el mío, entre la sociología y la informática. No sé si habrás oído hablar de la Inteligencia Artificial, los árboles de decisión, las redes neuronales, y todo ello.

— Bueno, algo he oído de pasada, pero la verdad es que no le he prestado demasiada atención.

— Pues tiene que ver con cómo crear un programa informático capaz de tomar sus propias decisiones en base a una información que ha ido aprendiendo gracias a la experiencia.

— Me parece muy bien, pero me estoy perdiendo con toda esta charla, no sé qué tiene que ver todo lo que has hablado acerca de la democracia con programas informáticos.

— Es muy fácil, déjame que te lo explique. Te habrás dado cuenta de que en esta democracia nuestra, los políticos siguen la estrategia del político anterior de mi ejemplo que consiguió en triunfo, es decir, buscan aquellas frases que son más apropiadas en determinados entornos sociales y que más fácilmente les puede proporcionar el éxito político. Lo que buscan es, sencillamente, decir lo que la gente quiere oír, aquello que no tiene una explicación muy intrincada y que todo ciudadano puede entender sin tener que pararse a reflexionar demasiado. Es lo que se denomina demagogia, un vocablo denostado pero de gran utilidad en los tiempos actuales. La gente, por regla general, prefiere oír explicaciones breves y concisas que puedan entender con facilidad, en vez de perderse en largos pensamientos reflexivos. Esto, quizá, pueda ser debido al modo en el que se ha concebido la vida actual en occidente, donde el tiempo ha adquirido un valor fundamental que no vale la pena perder en reflexiones que vayan más allá de un límite. Lo que se busca es una cierta seguridad, algo fácil que explique las cosas, alguien a quien culpar de sus problemas, y algo que les dé un poco de esperanza.

— Sí, he de reconocer que las cosas son así, pero también puede ser debido a que en esta democracia la gente tiene un escaso poder de decisión en temas políticos, y lo único que pueden hacer es delegar las decisiones en el partido que hayan elegido.

— Bueno, está claro que la democracia actual es mejorable en muchos aspectos, pero actualmente es la que es, y es en base a esta democracia sobre la que vamos a desarrollar nuestro proyecto, que tratará, principalmente, de elaborar un Software que sea capaz de redactar discursos políticos que tengan éxito.

— Lo de éxito quieres decir que logren obtener un mayor número de votos, no que sean intrínsecamente buenos.

LA HIPNOSIS ACEPTADA

— Vamos hombre, no nos pongamos ahora en plan filósofos a darle vueltas a la ética. Tanto tú como yo somos hombres mayores y de mundo, que sabemos lo que es la vida y que hemos desterrado pueriles idealismos de nuestra época más primigenia.

— Yo he de confesarte algo. Una vez terminado aquel libro que tanto reconocimiento me proporcionó, me quedé con la sensación de que para conseguir que los errores de la historia no volvieran a repetirse, era necesario que la gente tuviera un mayor grado de implicación en su sociedad, lo que significaría que el ciudadano debiera estar más informado en todo lo concerniente a asuntos políticos y a la vida social en general. Este proyecto en el que me pides participar iría en contra de todo eso, pues simplemente ahondaría en la idea de que el sistema funcionaría mejor si el ciudadano no tuviera los suficientes conocimientos como para no dejarse manipular por unas ciertas frases rimbombantes, que no por aparecer revestidas de dogmas de fe contienen grandes verdades sobre las cuales construir una sociedad mejor.

— Veo que el sociólogo de ahora aboga por el renacimiento de una sociedad ilustrada, y ya de paso, solidaria y equilibrada. Pero mira en qué quedaron los valores de la Ilustración. Igualdad, libertad y fraternidad fueron sustituidos por un breve y conciso "todo para el pueblo pero sin el pueblo"; os lo daremos todo, menos la posibilidad de tomar vuestras propias decisiones. Como verás, somos los grandes herederos de la Ilustración, pues en la sociedad actual se busca el bienestar del ciudadano, para lo cual hemos creado un sinfín de objetos de consumo, pero éste debe seguir estando en manos de toda la maquinaria sociopolítica que rige el sistema. Delegar en el ciudadano medio la toma de decisiones trascendentes, tanto en política como en economía, sería un acto de irresponsabilidad, pues para llevar a cabo estas tareas se necesita una preparación que sólo los profesionales de estos asuntos poseen.

— Lo que no entiendo de todo esto es lo siguiente: ¿qué pinto yo en este asunto?. ¿Cuál sería mi función en el proyecto?

— Tu labor principal sería la de asesorar y escribir los textos. Si quieres lo vemos con un ejemplo práctico: imagina que estamos en un país tradicionalmente patriótico, de costumbres y tradiciones arraigadas, pero en el cual una región no se siente identificada con el resto, y busca de una manera u otra la autodeterminación o la independencia.

Piensa que tenemos las siguientes variables, que podríamos valorar de 0 a 10, siendo 0 lo mínimo y 10 lo máximo.

Grado de patriotismo: 8

Bienestar económico: 5

Nivel cultural: 5

En base a estos valores de la variables, que ya veremos cómo los podremos obtener, un pequeño discurso que fuera capaz de obtener un buen número de votos, pongamos el 70% del electorado, tendría las siguientes características: primero, como el grado de patriotismo es elevado, lo primero sería apelar a la tradición y al sentimiento nacional. Esto sería lo más fácil, pues estos conceptos son principalmente sentimientos, y en un discurso político convincente es siempre mucho más fácil tocar el corazón que la cabeza. La segunda variable, la del bienestar económico, tiene un valor intermedio, lo cual quiere decir que la gente no nada en la abundancia. Así, no estaría del todo mal hablar de la necesidad de ser un país cohesionado para que la economía experimente un crecimiento mayor. En la actual coyuntura económica, donde el verdadero poder reside en las multinacionales y no en un Estado fuerte que sea capaz de hacer frente a las desigualdades económicas, y en donde el capital se ha hecho cada vez más nómada, no hay ninguna base científica en la que podamos apoyarnos para afirmar que un país indisolublemente unido es la mayor garantía de prosperidad económica, pero si tenemos en cuenta que el nivel cultural de la población lo hemos establecido en un valor de 5, que no es muy elevado, podremos sencillamente decir que al seccionarse una parte de la población, el país en general se va a hacer más pobre porque es más pequeño.

Todos estos argumentos que he explicado sería lo que habría que programar para desarrollar el discurso, siendo las variables antes señaladas los valores iniciales que tendría el programa. Así, el resultado final podría ser, por ejemplo, el siguiente:

Ciudadanos de este país, (el uso del vocablo país debería ser utilizado en varias ocasiones, ya que el nivel de patriotismo es alto, y así se reforzaría la idea de la unidad de la nación), una parte de nosotros no está dispuesta a continuar con nuestra gloriosa historia, queriendo, por

LA HIPNOSIS ACEPTADA

el contrario, desmembrar lo que entre todos nosotros hemos construido a lo largo del tiempo. Desde mi irredento corazón de patriota empedernido, apelo a vosotros, mis queridos hermanos, para que esto no pueda ser posible. El grado de prosperidad económica del que todos nosotros disfrutamos ha sido el producto de nuestra unión y de nuestra fortaleza ante las adversidades del destino, las cuales hemos solventado basándonos en nuestra indisoluble unidad y en los más altos y sagrados principios de solidaridad y fraternidad. Sin esta fortaleza de espíritu, sin este convencimiento en la grandeza de nuestra querida patria, tened por seguro, mis queridos hermanos (el uso de la palabra hermano tiene un cierto matiz religioso, lo cual ayuda a conseguir el sentimiento de unidad que estamos intentado transmitir), que nada de lo que veis a vuestro alrededor hubiera sido posible. (¿qué es lo que la gente ve?, cada uno verá sus cosas buenas y malas, pero lo que hay que tratar es de convencer al ciudadano de que todo lo bueno que tiene se lo ha dado su país).

— Como habrás observado, mi querido amigo Juan, el discurso es algo tremendista, pero hay en él una parte de razón, y no me negarás que tiene cierto gancho.

— Sí, tiene cierto gancho para atraer a las masas, pero es muy pobre de contenidos y muy vacío en sus reflexiones. A pesar de esto, debo reconocer que si un político hablara de este modo lograría asegurarse un buen número de votos.

— Ves, así hemos elaborado el discurso en base a nuestras variables iniciales, que eran el grado de patriotismo, el bienestar económico y el nivel cultural. Para otros discursos tendremos otra serie de variables, y en base a éstas conseguiremos el discurso que mejor se adapte a las necesidades de la población, que mejor sea capaz de llegar a su corazón.

— Mira, no sé qué decirte, a parte de que este proyecto me parece que va en contra de los principios de la democracia, ya te dije anteriormente que ahora estoy inmerso en la tarea de escribir una novela, y necesito tiempo para ello. Además, sinceramente, no sé cómo os podría ayudar.

— Venga, no seas modesto, es de sobra conocido tus grandes conocimientos en el campo de la sociología de masas y en el de la psiquiatría. Nuestros informáticos necesitan que les echés un cable, y nadie mejor que tú para transmitirles todo ese manantial de sabiduría que habita en tu interior.

— Vale, no me seas pelota. Me lo pienso y te doy una contestación.

— De acuerdo, pero ten por seguro que nunca te vas a arrepentir de haber participado en este proyecto.

Juan abandonó las oficinas de la empresa New Software con paso firme y decidido, deseando salir de allí lo antes posible. Por su cabeza rondaban una y otra vez las palabras de Santiago sobre la democracia y sobre el proyecto informático que tenían entre manos. En uno de los recónditos resquicios del interior de la mente de Juan, se erguía la idea de que no le quedaría más remedio que acabar aceptando la oferta de su antiguo amigo, embarcándose así en aquel proyecto sociológico y técnico que elaboraría discursos eficientes y correctos, y que contribuiría, casi con toda seguridad, a la cosificación perenne del hombre, envuelta y enmarcada por una sólida democracia, de apariencia intachable y noble, pero en cuyos resquicios sonaba una música militar monótona y opiácea, que hacía vagamente recordar aquellos tiempos pasados donde el poder estaba estratificado y jerarquizado; cada uno en su sitio, cada uno en su lugar. Juan era un sociólogo y un brillante estadista, y él lo sabía, pero también sabía que en su interior había sitio para otras cosas, y esos otros menesteres eran los que intentaban dar un ligero sustento a su macilenta alma, que se hallaba sumida en un lago de negras aguas y recuerdos acuciantes.

En una pequeña habitación de paredes pintadas de blanco trabajaba un chico de 25 años recién cumplidos, llamado Roberto. Estudiante de informática, con la carrera a punto de terminar, Roberto decidió un par de meses atrás buscar un trabajo que le permitiera tener algún dinero

LA HIPNOSIS ACEPTADA

cada mes para sus gastos. Era un chico alto, bastante delgado, de ojos negros y saltones, nariz aguileña, pequeños hoyuelos en la cara, y una ligera perilla recortada con esmero, la cual, según él, le proporcionaba un aspecto algo más interesante y sofisticado que el resto de jóvenes de su edad. Estaba dotado de una inteligencia despierta, lógica y meticulosa, utilizada no sólo para sus labores profesionales y estudiantiles, sino para cualquier otra actividad de su vida. Poseía, por así decirlo, un excesivo grado de meticulosidad y una supina adoración por el orden, lo cual hacía que sus conocidos le consideraran una persona algo maniática y extravagante. Entre sus rarezas declaradas y confesadas estaba la de ordenar su ropa interior por colores, para lo cual tenía un cajón destinado a sus calzoncillos rojos, otro para los blancos, otro para los negros y otro para azules. Esto le resultaba muy cómodo para no tener que ir dos días seguidos con unos calzoncillos del mismo color, algo que consideraba inapropiado para un hombre de su originalidad y creatividad. Otra de sus costumbres, para no volver a utilizar el término rareza y olvidarnos así de su matiz despectivo, era la de levantarse siempre con el pie derecho de la cama. Si alguna mañana, por equivocación o descuido, pisaba primero con el pie izquierdo, tenía que volver otra vez a meterse en la cama, permanecer ahí durante al menos media hora, y después volver a levantarse, esta vez con el preciso cuidado como para apoyar primero el pie que le traía suerte, el derecho.

El sueño de Roberto era ser capaz algún día de desarrollar un software que le hiciera famoso, y le brindara dinero, fama y el elogio unánime de sus congéneres. Al contrario que mucha gente que piensa que sus respectivos sueños son principalmente quimeras con las que mantener su mente distraída, Roberto creía firmemente que llegaría un día en que su talento como programador sería conocido y reconocido por la humanidad.

Cuando Roberto entró en la empresa New Software, enseguida se dio cuenta de no tendría que esperar mucho para que su sueño pudiera materializarse. El proyecto en el que estaba trabajando le resultaba fascinante, aunque era consciente de la dificultad que entrañaba, pues debía no sólo de ser capaz de desarrollar árboles de decisión que resultaran

eficientes, para lo cual estaba preparado, sino también debía ser capaz de que el programa produjera frases completas y con sentido, lo que le obligaba a tener que revisar sus conocimientos de gramática y sintaxis, los cuales se hallaban perdidos en los lejanos tiempos de Instituto. Pero para Roberto cualquier problema era considerado como un reto, así que seguía obstinado en su tarea de programador, visualizando en sus sueños cómo sería el momento en el que ese gran proyecto estuviese terminado, y el éxito y el reconocimiento llamaran a sus puertas, como un dulce maná que le proporcionaría una confianza casi infinita en su persona y talento.

Eran ya casi las dos de la madrugada, la fría noche hacía tiempo que se había posado sobre la gran ciudad, una ciudad de ruido y prisas, de gente alocada y altos edificios que se erguían como vampiros sedientos sobre un cielo oscuro y tapizado de estrellas infinitas, pero apenas visibles debido a la contaminación, al humo y a la acción devastadora del hombre y su progreso. Y en uno de aquellos edificios asépticos y herméticos, vivía, trabajaba y pensaba, todavía ahora, a pesar de la hora en la que nos encontramos, el joven Roberto, que ya estaba empezando a notar el cansancio producido por haber estado muchas horas delante del ordenador.

A la mañana siguiente, Roberto se levantó temprano para ir a trabajar. Caía una ligera lluvia, que observó con detenimiento tras los cristales mientras se vestía. A Roberto le encantaba la lluvia; sentir su monotonía le proporcionaba una agradable sensación de recogimiento e introspección. Después de desayunar un café con leche y un par de tostadas, salió a la calle para coger el autobús e ir al trabajo. Por el camino fue pensando en los diferentes algoritmos que tendría que desarrollar para ese magnífico proyecto en el que participaba. Al llegar, lo primero que vio fue que tenía en la bandeja de entrada de su correo un e-mail de Santiago. Algo bastante usual, ya que a Santiago se le veía extremadamente involucrado en el proyecto, y raro era el día en el que no les preguntaba, a él o a cualquiera de su grupo, por las posibles dificultades que en el desarrollo de la aplicación pudieran surgir. El hecho de que uno de los más altos dirigentes de la mayor empresa de softwa-

LA HIPNOSIS ACEPTADA

re de la ciudad se dirigiera a su persona para preguntarle sobre el programa que estaban implementando, le hacía sentir importante y le anegaba de orgullo y satisfacción. El e-mail del día de hoy de Santiago hacía referencia a una reunión que iba a tener lugar a las doce de la mañana, para hablar de la incorporación al proyecto de un nuevo integrante, que aportaría sus demostrados conocimientos en materia sociológica, y que sería uno de los soportes principales a la hora de integrar estos conocimientos en la aplicación. El texto del correo hacía también referencia al libro que Juan escribió, "El equilibrio de la democracia", del que se decía que era uno de los más grandes tratados sociológicos jamás escritos. A Roberto no le sonaba de nada el título del libro, pero eso era algo normal si tenemos en cuenta que casi todos los libros que él había leído tenía que ver, única y exclusivamente, con el mundo de la informática.

A los pocos minutos se acercó a su sitio Tatiana, una joven pelirroja, bajita y de cuerpo menudo, con unas ligeras pecas salpicadas sobre un rostro sereno y bello. Ella también formaba parte del grupo de programación que estaba desarrollando el proyecto, y también era una de las pocas amistades que Roberto había conseguido tener en todo el tiempo en que había estado trabajando en aquella empresa.

— ¿Has leído el correo? — dijo Tatiana, mientras posaba su mano por encima del hombro de Roberto.

— Sí, lo acabo de mirar ahora. Parece ser que tenemos una reunión al mediodía para informarnos de la incorporación de una nueva persona. Parece ser que es un famoso sociólogo. En fin, a ver qué nos cuentan.

— Por cierto, ¿tú te has leído el libro que escribió el hombre ese, "El equilibrio de la democracia"? Yo me lo leí hace tiempo, y la verdad es que me pareció que tenía unos matices un tanto horribles. Trataba, más o menos, de todo lo que debería decir un gobernante a sus súbditos para mantenerlos en silencio, y obtener así un clima de paz social propicio para poder hacer lo que le viniera en gana. Principalmente, era la manera de decir unas grandes mentiras que parecieran verdades, de inocular

una droga hipnótica a los ciudadanos para que se mantuvieran apocados y obedientes, y con la falsa percepción de que viven en un mundo perfecto, o que al menos sus gobernantes hacen todo lo posible para que así sea. En el fondo, ese "equilibrio de la democracia", no es más que una triste historia de cómo hacer que la democracia pierda su verdadero sentido, diluyéndose en una burocracia política que mantiene a los ciudadanos completamente alejados de la toma de todas las decisiones que les atañen.

— Vaya, ¡cómo te has levantado hoy!, veo que no pierdes tu espíritu combativo ningún día. A mí, la verdad, sólo me interesa la parte técnica de todo este asunto. ¿No te parece fascinante poder hacer un software que sea capaz de devolver frases con sentido según unos parámetros de entrada, y que ese resultado del programa sea el que use el gobierno para conducir al país? Y nosotros vamos a ser los artífices de todo esto, lo cual implica que seremos nosotros los que juguemos a gobernar.

— Me parece increíble que te exciten esas cosas. Debe ser que eso de la erótica del poder te ha seducido antes de tiempo.

Roberto iba a contestar que además de esas cosas, le excitaba ella, con esa camiseta ajustada que llevaba, donde se podía apreciar la suave y firme curva de sus pequeños pechos, con esa sonrisa, alegre, juvenil y llena de un idealismo que él pocas veces alcanzaba a comprender, y con esos inquietantes ojos azules, claros con el mar, que se clavaban de vez en cuando en él, dejándole sin saber qué decir, absorto en fantasías que nunca llevaría a cabo. Roberto se quedó por unos instantes observando la figura de Tatiana. No sólo me excitan esas cosas, acabó diciendo con una voz apagada, como temiendo que ella se diera cuenta de todo lo que había estado pasando por su mente en los últimos segundos.

— Ya, claro — contestó ella, sin prestar demasiada atención a nada, alejándose un poco para encaminar sus pasos hacia su puesto de trabajo, que estaba a unos cuantos metros del de Roberto.

LA HIPNOSIS ACEPTADA

A las doce de la mañana, todos los integrantes del proyecto, doce personas en total más Santiago, subieron al piso de arriba, donde se ubicaba una amplia sala que era el lugar de reuniones. Una gran mesa de madera se hallaba en su centro, alrededor de la cual se fueron sentando todos. En una de las paredes había unos amplios ventanales, por donde los primeros rayos de sol de aquel día lluvioso se filtraban, iluminando con alegría aquel lugar solemne, austero, y en donde a casi todos, en especial a Tatiana, les daba la sensación de que allí el calor humano había sido suplantado por los fríos datos que decían que había que seguir produciendo cada vez más, pues la maquinaria no debía pararse por nada del mundo, bajo pena de que uno de los principales fetiches del capitalismo, el crecimiento ilimitado, se viera ultrajado.

Santiago se sentó en su sitio, en el más amplio de los butacones, donde su trasero reposaba como reposaría un elefante sobre el jardín de la avaricia. Escudriñó a todos los asistentes, moviendo sus pequeños ojos negros, mientras pensaba en lo que les tendría que decir a toda esa gente, que serían los que tendrían que llevar a cabo el grandioso proyecto que situaría a la empresa como líder indiscutible del software a nivel mundial. Y no sería sólo prestigio lo que conseguirían, sino que tras el éxito que se obtendría, el gobierno estaría dispuesto a darle una gratificación económica, y no sólo por el proyecto en sí, sino también para que los labios de todos ellos estuvieran sellados por toda la eternidad, sin que nadie nunca supiera que los brillantes discursos políticos realizados por el gobierno, habían salido de la lógica algorítmica, de la inteligencia artificial, de las miles de líneas de código de las que constaba una aplicación informática. Una ligera sonrisa asomó entre sus labios, mostrando unos cuidados dientes y una satisfacción que le embargaba y que recorría todo su cuerpo, como si fuera una droga alucinógena recorriendo el entramado de sus venas.

Mis queridos compañeros — empezó diciendo Santiago — os he reunido aquí para informaros de la inminente incorporación a este proyecto de uno de los más ilustres sociólogos que ha dado el presente siglo. Sus conocimientos relativos al estudio de la sociedad, y a los factores psicológicos que influyen en ésta, son conocidos y respetados a nivel

Capítulo 1

mundial. Su tarea en este proyecto será de vital importancia, asesorando a la hora de realizar toda la lógica que será el esqueleto principal de la aplicación. Estará presente con vosotros para desarrollar todos los algoritmos, trabajando estrechamente con Antonio Pérez, nuestro brillante lingüista. El nombre de este gran sociólogo es Juan Torres, y su libro más famoso fue publicado hace un tiempo. Su título es "El equilibrio de la democracia", y fue un gran éxito de ventas, convirtiéndose al poco tiempo en uno de los grandes referentes de la sociología contemporánea. Políticos de todo signo lo utilizaban en sus discursos, siendo para ellos una fuente de inspiración inagotable y un caudal de conocimiento del que podían extraer los más brillantes discursos y los métodos más infalibles para seducir a las masas. Espero que con el esfuerzo y la comprensión de todos nosotros, consigamos que nuestro hombre se sienta feliz de colaborar en esta operación. Además, he de decir que este hombre fue un gran amigo mío de la infancia, y es por ello por lo que puedo dar fe de que no sólo es un brillante profesional en su área de trabajo, sino que además sus valores humanos y su sencillez y bondad como persona no le van a la zaga. Si alguien quiere decir algo al respecto, éste es el momento.

Tatiana levantó la mirada, carraspeó ligeramente, y se dispuso a hablar.

Yo he leído el libro ese tan famoso de Juan Torres, y he de decir que no me dejó una grata impresión. Lo considero demasiado frío y calculador, sus páginas carecen por completo de calor humano, de sentimientos, trata a la sociedad como algo ajeno a la vida, como si la gente fuese meros vegetales que se pueden situar justo al sol que más calienta.

Dicho esto, Tatiana se quedó en silencio. No era ella una persona dada a decir lo que pensaba de una manera tan espontánea y en público, pero esta mañana se había levantado con la sensación de que su pequeño corazón joven y revolucionario ansiaba expandirse y gritar al mundo sus pensamientos, aunque este vasto mundo sólo necesitara levantar un pie para aplastar a cualquier vocecilla que lo incomodara. El resto de los allí congregados permanecieron encerrados en un mutismo frío y

LA HIPNOSIS ACEPTADA

denso. Nadie osaba nunca hacer ninguna objeción a las palabras de Santiago, aunque no estuvieran de acuerdo. No había que morder la mano que te daba de comer; esa era la consigna a la que todo asalariado se plegaba.

Santiago miró en silencio a Tatiana, clavando sus ojos en aquella joven que había cometido una pequeña insolencia, pero que, por ser la primera, debía tratarla con benevolencia.

Tatiana, Tatiana, dijo Santiago de manera cadenciosa, quizá seas demasiado joven para entender ciertas cosas. Yo también he leído el libro de Juan, y mi opinión sobre él es distinta de la tuya, probablemente porque mi madurez es mayor, y con el paso del tiempo he sabido librarme de las ataduras de cualquier idealismo, consiguiendo así ver la realidad tan cual es, con sus miserias y sus pequeñas injusticias, pero entendiendo que estas mismas miserias forman parte indisoluble de la realidad misma, y nunca el hombre conseguirá jamás deshacerse de ellas, pues han sido aprensadas en su débil naturaleza humana desde el principio de los tiempos. Decidme una sola sociedad que no haya albergado en su seno las más execrables miserias de la condición humana. Ni siquiera los más ilusos intentos de conseguir una sociedad igualitaria fueron capaces de despojarse de las debilidades egocéntricas del alma. Los gobernantes de los países socialistas también utilizaron sus métodos para arengar a las masas, apelando a sus sentimientos más que a su razón, y así consiguieron que sus súbditos también creyeran en ese socialismo del que se les hablaba. El libro de Juan no es un tratado ético ni místico, ni habla de cómo alcanzar la superación personal, ni de cómo librarse de las cadenas de ego, ni de todas esas cosas. No es un libro para crecer espiritualmente, ni para conseguir una sociedad perfecta; los esfuerzos por alcanzarla han resultado ser un fracaso. El libro de Juan es un libro realista, el libro de un estadista y sociólogo con los pies muy firmemente asentados sobre la tierra, un libro de una persona madura, como yo, que ve las cosas como son y no como nos gustaría que fueran, porque también él fue capaz de saber dar de lado a cualquier idealismo para poder así adentrarse en el estudio concienzudo de los hechos, sin lastres éticos, sin premisas bondadosas sobre la condi-

Capítulo 1

ción humana, sin metas de superación que se dieran de frente con la cruda realidad.

Las palabras resonaban firmes, haciendo un pequeño eco debido al completo vacío y silencio que se había adueñado de aquel lugar. Roberto las escuchaba con una cierta devoción, convencido de que había mucho que aprender de ellas. El libro de Juan del que se hablaba debía convertirse en un objeto de estudio concienzudo por su parte, porque de allí saldrían los distintos algoritmos que habría que programar. Tatiana bajó sus pequeños ojos azules, no queriendo enfrentar su mirada con la de aquel hombre que hablaba con esa aparente seguridad que dan los años. Ella era mucho más joven, eso era cierto, pero no había ninguna regla empírica que demostrase que eso significaba que sus ideas fueran erróneas. Ella sabía que era una idealista, una soñadora, pero quería seguir siéndolo por el resto de sus días, sin que esa supuesta madurez que dicen que dan los años acabara por sofocar su corazón, conduciéndolo por los estrechos márgenes de lo considerado como normal. Si ser normal significaba ser condescendiente con todo aquello que la rodeaba, ella prefería seguir siendo alguien extraño, especial, alguien que dice a su jefe que no está de acuerdo con él y que tiene serias dudas de cuál será el objetivo final del proyecto que están empezando a realizar, alguien que tendrá que soportar cómo la voz de la madurez, revestida de una supuesta sabiduría conseguida con el transcurrir del tiempo, se abalanza sobre su persona como el agua se abalanzaría sobre un fuego que amenaza con expandirse.